

## Frente al duro concreto de nuestras ciudades

Pedro Hernández Martínez

En 1974 J.G. Ballard publica *Concrete Island*. El texto es una actualización de *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, pero trasladado al contemporáneo mundo hipermoderno. A lo largo de 24 capítulos breves, Ballard nos cuenta las desventuras de Robert Maitland, un arquitecto que, tras un accidente de tráfico, queda varado y atrapado en un insólito paisaje: una isleta de concreto, extensión de terreno artificial ubicada debajo de la infraestructura vial. Esta historia resulta muy llamativa a aquellos que, como yo, somos arquitectos. La elección de la profesión del protagonista reverbera en nosotros como una especie de castigo divino para la disciplina, encargada de dar forma a los espacios que habitamos y responsable última — en la medida que siempre supone el brazo ejecutor — de haber olvidado al humanismo en sus diseños. Puede sonar exagerado, pero las formas en las que se proyecta arquitectura hoy en día dan cuenta de estas malas prácticas: desde las imágenes virtuales que idealizan un nuevo proyecto urbano, donde las personas que aparecen sirven para poco más que para llenar los vacíos; al trabajo con planos con grandes escalas y al excesivo uso de la vista aérea, la disciplina de la arquitectura olvida con facilidad lo que es la vida a nivel de calle. Por norma general, el arquitecto, al intentar tener una visión que ofrezca una lectura completa del conjunto, acaba por situarse demasiado lejos de lo cotidiano, de aquello que constituye día a día la ciudad, de lo que podríamos llamar la vida misma que queda sustituida por datos obtenidos de herramientas “objetivas” que intentan justificar el porqué de una decisión frente a otra.

Esta distancia es quizás una de las responsables que, en una ciudad como la Ciudad de México, andar —esto es, habitar la ciudad desde dentro— sea un reto casi tan difícil como al que Maitland se enfrentó para liberarse de su isla de cemento; la capital mexicana es, cuanto menos, incómoda y cargada de obstáculos para el caminante: aceras en mal estado, invadidas por coches y llenas de agujeros donde perder un pie, filosos trozos de banqueta que se interponen a cada paso; ausencia de semáforos que indiquen cuándo se puede cruzar; alcantarillas sin tapa; pesados maceteros u otros objetos de concreto sin uso claro que ocupan una gran superficie de espacio público; ambulantes o cabinas telefónicas crecen por doquier cortándonos el paso; bordillos insalvables; ruinosos pasos

de cebra; segundos pisos que aplastan la ciudad a su paso; y un largo etcétera dan gala de cómo las políticas urbanas públicas, y por extensión el diseño de la ciudad, han favorecido desde hace años el transporte rodado (e individual) y han construido un territorio agresivo y disfuncional para los frágiles cuerpos que decidan recorrerla a pie. Incluso las estadísticas elaboradas por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) de los sistemas de desplazamiento utilizados en la Zona Metropolitana dan muestra de ello; en 2007 un 72.1% de los viajes se realizan en transporte público, frente al 20.7% que se realizaban en automóvil particular y un 6.2% en taxi, el 1% restante era ocupado para el transporte en bicicleta. ¿Dónde queda entonces el peatón? Simplemente no aparecía contemplado en la encuesta. De ser así, ¿para qué preocuparnos entonces de construir plazas, parques y demás lugares? La ciudad —sus diseños, proyectos arquitectónicos y políticas— expulsa con agresividad a los cuerpos, los desplaza con extrema virulencia fuera de cualquier representación y, en última instancia, los desaparecen, nos los muestran ausentes, como diciéndonos que la ciudad no está ahí para recogerlos o cuidarlos, sino para impedirnos habitar de forma plena. Una situación que viví en mi propia carne a mediados de agosto del 2016 cuando fui víctima de un atropello mientras cruzaba un paso de peatones y en el que, tras saltarse el semáforo, el conductor del vehículo acabó por darse a la fuga. No fue grave, apenas un golpe que me dejó pocas heridas visibles pero sí una considerable cantidad de magulladuras y de contracturas musculares que cargaba hacia el interior; me dolía al respirar, al mover el brazo derecho o cada vez que me levantaba de la cama. Durante unos días fui consciente de cómo ese rechazo de la ciudad se transmitía en una forma cotidiana de dolor que, incluso, a fuerza de la costumbre, aprendí a soportar y sobrellevar, a hacerlo parte de mí como si nada hubiera pasado, como el que carga para siempre una herida abierta que no acaba de cerrar.

En ese umbral de dolor, entendí de nuevo la necesidad de protegerlo: nuestros cuerpos son vulnerables y muchas veces olvidamos qué significan. Experimentamos un desplazamiento de nuestros cuerpos con una velocidad intempestiva que nos impone una vida contemporánea en la que siempre tenemos prisa y siempre estamos rodeados de estímulos que nos llevan al agotamiento. Somos un manojo de nervios en la búsqueda de llenar cualquier momento para el propio hedonismo: del consumo de cosas que no necesitamos a la exacerbación de un yo vacío con la multiplicación del *selfie*, un fenómeno individualista que no nos permite fiarnos de los demás. ¿Y a quién vamos a culpar? Es difícil generar un *nosotros* en un contexto de políticas urbanas y económicas que piensan cada vez menos en la construcción de lugares para el encuentro y el desencuentro, donde lo común se

construya incluso a base tanto de acuerdos como de desacuerdos. El sistema social y económico que rige nuestra vida actual —el capitalismo— rara vez quiere eso. Su pretensión es la de abstraerlo todo, transformar cualquier otra cosa — incluso al sujeto mismo— en un cúmulo de datos —las horas que trabajamos, el tiempo que tardamos en mover-nos por la ciudad—; en definitiva, quitarle cualquier peso material.

Ante tales situaciones de desprecio, es necesario rebelarse: volver a poner el cuerpo —su carne, sus preocupaciones, su dolor, sus afectos— de nuevo en primer plano de la discusión. Un sentimiento que no es único sino que lleva meses gestándose: el número e incremento de las manifestaciones, sublevaciones, protestas y otros movimientos ciudadanos que pueblan cualquier parte del mundo hoy, dan forma corpórea a estos deseos de recuperación de una experiencia humana real que sustituya a las cada vez más superfluas que impone el ritmo de vida. Son movimientos que intentan formar un entorno común desde el cual articular, con mayor o menor fortuna, un malestar general de la sociedad ante las políticas económicas actuales, la falta de justicia o las injusticias y expolios a los que se somete la vida.

Por mi parte, a mí me costaba posicionarme. Marcado por el dolor ante el rechazo sufrido por la ciudad —cuya raíz a mí entender estaba en su diseño— me encontraba enojado con la arquitectura, a la que consideré incapaz de dar soluciones, y comencé a refugiarme cada vez más en otras disciplinas espaciales que sí consideran el cuerpo como eje central de su discurso: abandoné la idea de arquitectura como un proyecto de edificación y pasé a investigar casos donde es el cuerpo el motor que permite crear una experiencia real en el espacio. Prácticas artísticas que toman la acción como motor supusieron los primeros acercamientos, siguieron otras como el *happening* o el *performance*, para acabar en la coreografía, el baile o la danza. Todas se mostraban como unas necesarias formas de liberación. Si la arquitectura con sus muros y sus techos aplastan y encierran al cuerpo hasta volverlo algo pequeño, frágil, solitario y sin valor, a mis ojos, estas otras prácticas lo devolvían no sólo a una posición central sino que daban cuenta de cuáles son sus auténticas capacidades: empoderarse del espacio, apropiárselo y darle nuevo sentido desde su uso y presencia. Esta nueva formulación de lo que es la arquitectura me llevó poco a poco a casos concretos. Sin darme cuenta, pronto comencé a intercambiar ideas con Mariana Arteaga y me vi situado a un paso del trabajo desarrollado por *Úmbal* en el Museo Universitario del Chopo. Sin llegar a participar como parte implicada en la experiencia colectiva, tuve la

oportunidad de vivir de cerca el proceso como observador. Con sorpresa fui testigo de un grupo que había aprendido a organizarse casi de forma natural, moviéndose por la ciudad con una soltura que, a mí, atropellado poco más de un mes antes, me hacía palidecer: todos se desplazaban conscientes de su propia fuerza, del valor de su presencia por calles donde los conductores pitaban enajenados y vociferaban con fuerza los más variados improperios para hacer saber de su disgusto. A ello, había que sumar el amor que cada uno de los participantes desplegaba a los otros. No sólo era fraternidad sino que las muestras de afecto nunca se ocultaban con abrazos, bromas y compenetraciones que se ejercitan de forma frecuente. Un entendimiento del cuerpo propio y del otro, que daba gala de la comprensión de sus posibilidades, que establecía una relación consciente y potente con el entorno. En mis visitas, se dejaba ver una diferente forma de estar, de hacerse carne y de construir comunidad.

Destellos que, vistos en retrospectiva, me permiten articular algunas reflexiones surgidas a raíz de la búsqueda de desapego de la disciplina arquitectónica, entendida aquí como un ejercicio de representación, por tanto, de abstracción de la realidad a un discurso, un dibujo o una maqueta.

La posibilidad de recuperar el cuerpo como parte del discurso de la arquitectura, permite poner en virtud su propia potencialidad. Frente al cuerpo antes frágil y solitario, ponerlo en el centro del espacio y el discurso no sólo permite recuperar un humanismo que creíamos perdido, sino que evita que quede supeditado a la frialdad del acero, el concreto o el cristal, esto es, la arquitectura. Al contrario, ahora es el cuerpo el que muestra su músculo, propicia un diálogo —a veces amable, a veces tenso— entre iguales con el entorno construido, y construye un nuevo sentido capaz de cambiar y desarticular aquella actitud derrotista por una vital que abraza sin temor —pero con respeto— la complejidad de la ciudad. Una ciudad que, pensada como coreografía —no tanto como un baile que hay que interpretar sino como un conjunto de cuerpos (humanos y no humanos) que van, vienen e interactúan, que se tocan y repelen, que se agradan y desagradan, desplazada la arquitectura a otro lugar, uno donde se redefine continuamente un marco de lo común, de un nosotros colectivo, abierto tanto a lo bueno como a lo malo. Pensar la arquitectura así, desde el cuerpo y no desde el diseño o el simple dibujo del proyecto, supone imaginar que la ciudad —y la arquitectura— se crea y construye desde la activa participación de todos los elementos que aparecen en el lugar en ese momento —las personas que haya en la calle, los puestos de ambulantes, los monumentos, los animales, los coches, los edificios,

los baches, las grietas, las plantas, y todo un largo etcétera—.

Se establece así una nueva formulación definida desde una interacción que es redefinida de forma siempre constante. Pensar así es entender el espacio de la ciudad como un lugar con nuevos códigos y conductas, siempre en tensión, siempre en conflicto. Un conflicto que no debe ser visto como algo malo en sí mismo, sino como una forma necesaria de entender la ciudad: desde el (des)encuentro con el otro. Eso es recuperar la dimensión política de nosotros mismos, que bien habíamos perdido o supeditado a otros, y decidir qué ciudad es la que queremos y como queremos posicionarnos en ella.

Asimismo, recuperar el cuerpo en el discurso implica recuperar la noción misma de su cuidado, tratada aquí como una forma de reapropiación del espacio arquitectónico que elimine los miedos que nos invaden hoy como individuos: el miedo a salir a la calle, el miedo al otro y a estar solos, el miedo —incluso— a perder nuestros trabajos y vernos despojados de todo; miedos, en definitiva, que dan muestra del quiebre de la que, según apuntaban una y otra vez mis maestros, era la función primordial de la disciplina arquitectónica: la protección y salvaguarda frente a las inclemencias primero, pero también frente a los problemas y agresiones del mundo. Yo, que había estado molesto por entonces con la arquitectura porque sentía en mi propio cuerpo como la disciplina había olvidado esas prioridades, podía recuperar así una nueva dimensión de protección: la visión de una ciudad que, más allá de su diseño, nos protege frente a cualquier peligro y nos da calor humano. Y es que ser consciente de aquello y aquellos que nos rodea, de sentir con nuestro propio cuerpo sus alegrías, penas y dolores, es lo que nos permite estar más cerca, ser consciente de su existencia y actuar de acuerdo a ellas. Se trata de pensar la ciudad como la construcción de un nosotros colectivo, abierto a todos y a todo, tanto lo bueno como lo malo.

En última instancia, esta nueva mirada propone la producción de otros tiempos, frente a la prisa actual, la coreografía —entendida de nuevo, más allá de la idea de baile— propone otras formas de medir el tiempo y el espacio: pausas, a veces, retrocesos, pasos en falso, cambios de direcciones, giros imprevistos, derivas inoportunas, gestos innecesarios, flujos cambiantes, avances rápidos, detenciones excesivas y otras tantas fórmulas marcan un ritmo urbano que no aparece regido por las leyes de la velocidad capitalista. ¿Qué son sino todas esas acciones para nuestro sistema económico? Visto desde el capitalismo, estas formas no son más que una pérdida de tiempo, donde no se

plantea ni vender ni consumir nada —como sí hacen muchas veces esas promociones comerciales en las que se han convertido los *flash-mob*—.

Así, poner el cuerpo es también construir un espacio de encuentro capaz de empoderarnos sobre la ciudad, sus espacios y sus tiempos, que constituyen nuestro habitar. Por supuesto esta forma de ver la arquitectura y la ciudad no es tarea sencilla ni está falta de errores. Tampoco es la intención de *Úmbal* la de construirlas, tampoco es la de dar lecciones, porque el proyecto no nació para ser solución de nada, sino para recuperar el conflicto como forma de relación a fin de lanzar preguntas necesarias en un momento en el que necesitamos dar nuevos sentidos a palabras como ciudad, espacio público o comunidad, que han sido tan gastadas en los últimos tiempos. Así, *Úmbal* sirve de excusa para entender lo urbano como un espacio desde el que articular un goce afectivo, abierto, alejado del individualismo y cercano a un cuerpo colectivo que responda según las circunstancias, los ánimos o los intereses de quienes participen en cada momento. La propuesta es, al fin, lo que debiera ser la ciudad misma: una coreografía colectiva donde encontrarnos con el otro y desde la que construir un marco crítico que sirva de referencia para un mundo común. El resto es luchar contra años de planificación mal dirigida y enfocada que han relegado todo eso al ostracismo. Ahí está su auténtica radicalidad: ser un recordatorio consciente de que la ciudad también es nuestra.

**Pedro Hernández Martínez @laperiferia**

Es arquitecto por la Universidad de Alicante. Después de trabajar en algunos estudios de arquitectura, abandona ese proceso y comienza a realizar artículos y ensayos en los que reflexiona sobre la arquitectura y sus consecuencias sobre el espacio y el cuerpo que lo habita, publicando en diversos medios de Estados Unidos, Italia, Croacia, España, Chile y México. En su trabajo se apropia de discursos, imágenes y materiales existentes para redactar ciertas narrativas en torno a ellos. Desde enero de 2013 reside en ciudad de México donde es coordinador de contenidos en Arquine.

